

## LOS CONFLICTOS YUGOSLAVOS

MANUEL COMA CANELLA

Profesor. UNED

**E**N los años setenta, una pregunta que suscitaba inquietud en Occidente era la de qué iba a pasar en Yugoslavia cuando Tito desapareciese. La extraordinaria posición internacional del país, comunista pero neutral y con un dispositivo militar orientado a resistirse a una invasión del Pacto de Varsovia y abierto a la ayuda occidental, era uno de los factores fundamentales del equilibrio europeo. Pero como había sucedido a lo largo del siglo XIX, aunque Rusia no se inmiscuyese en los asuntos del imperio otomano, la disintegración del mismo venía propulsada por levantamientos nacionalistas de sus súbditos cristianos en los Balcanes. Ahora como entonces la heterogeneidad nacional de Yugoslavia podría trabajar a favor de los intereses soviéticos.

Tito murió en 1980 y por un tiempo pareció que las inquietudes no estaban justificadas y que había dejado todo atado y bien atado, mediante un complicado mecanismo federal que depositaba la presidencia del país en un colegio formado por ocho presidentes de cada una de las seis repúblicas federadas y las dos regiones autónomas de Serbia, prácticamente equiparadas a las repúblicas. Pero ya al año siguiente surgieron problemas en una de estas regiones autónomas, Kósovo, venerada por los serbios como la cuna de su nación, pero poblada por una abrumadora mayoría de albaneses. Estos reclamaban para su región el pleno reconocimiento como una república más de las que constituían la federación y para sí mismos el status de nacionalidad, puesto que constitucionalmente eran designados como minoría. Las manifestaciones iniciadas en el 81 fueron reprimidas por el ejército con gran dureza y tendieron a transformarse en una revuelta albanesa. El número de muertos alcanzó el millar, anun-

ciando la tragedia yugoslava que se avecinaba.

Esas tensiones políticas en aumento a lo largo de los ochenta, fueron acompañadas de una crisis económica también en estado de agravamiento progresivo, de características similares a las de otras muchas naciones del bloque comunista por la misma época, crisis que constituye un componente esencial del derrumbe de comunismo a finales de esa década. Se puede hablar de un agotamiento del modelo económico existente, el cual para salir del atolladero necesitaba reformas estructurales profundas. A ello hay que añadir que Yugoslavia, lo mismo que Polonia y Hungría en el bloque comunista y muchos países del tercer mundo, se había endeudado alegremente a lo largo de los setenta. Esos capitales importados de Occidente habían servido para ocultar la magnitud de la crisis pero no habían sido utilizados para financiar los cambios que se necesitaban. En los ochenta, cuando tocaba devolver los créditos, el peso de la deuda no hacía más que agravar la crisis. Es bien sabido que las dificultades económicas son un excelente caldo de cultivo para las tensiones étnicas y los enfrentamientos nacionalistas. Los líderes utilizan las segundas para zafarse de las responsabilidades por las primeras y las diferencias económicas entre grupos se convierten en objeto de envidias y reproches. La multiétnica república federal de Yugoslavia se vio afectada de lleno por ese diabólico engranaje.

El federalismo yugoslavo estaba copiado del soviético y como en aquél, el férreo centralismo del partido vaciaba de contenido la descentralización de poderes que proclamaba la constitución. Ese modelo, sin embargo, siguió en Yugoslavia una evolución opuesta a la de la patria del socialismo. No sólo porque de reforma constitucional en reforma constitucional Tito fue aumentando los poderes de las repúblicas, sino, sobre todo, porque la misma estructura del partido, la Liga de Comunistas Yugoslavos, fue federalizándose cada vez más, de forma que al final era sólo la indiscutida e indiscutible autoridad personal de Tito lo único que garantizaba la unidad del país. Esa descentralización cada vez más real no consiguió calmar la sed de autogobierno de los distintos nacionalismos, que denunciaban los

elementos de falsificación del sistema utilizando los poderes efectivos que éste les concedía.

En Yugoslavia todas las nacionalidades eran nacionalistas y venían a coincidir, con algunas excepciones importantes, con la división en repúblicas. Yugo significa sur en los idiomas eslavos, y en efecto, casi todos los componentes étnicos de la federación son eslavos meridionales y por tanto estrechamente emparentados entre sí. Estos, siguiendo criterios lingüísticos, que son los únicos seguros, se clasifican en tres grupos o colecciones de dialectos afines. Bien entendido, la afinidad existe también de grupo a grupo y era mucho mayor en los orígenes, pues el tiempo ha ido aumentando la diferenciación. Esos grupos son el esloveno, alojado en los valles alpinos y que a pesar de ser el más pequeño demográficamente (dos millones escasos) es el más diversificado dialectalmente, pues cada valle habla su propia variante. Luego está el conjunto serbio-croata y más al sur el búlgaro-macedónico.

Serbios y croatas son tribus eslavas, que se instalan en el espacio yugoslavo en siglo VII, procedentes del sur de Rusia, donde, muy posiblemente, se habrían mezclado ya con otros elementos. Ese espacio viene a coincidir aproximadamente con la antigua provincia romana de Iliria. De los ilirios se sabe muy poco, ni siquiera si eran un solo pueblo o un conjunto de tribus étnicamente diferenciadas. Se supone que de él o ellos proceden dos grupos que han llegado hasta nuestros días. Por un lado los menos romanizados, que habrían mantenido su idioma originario, único resto, por tanto, de ese desconocido ilirio de la antigüedad, que son los albaneses, filiación que la historiografía nacionalista serbia discute. Por otro lado estarían los descendientes de la población local romanizada, conocidos con el nombre de arumani, castellanizado como arumanos, que indica su origen romano y su parentesco con los rumanos, subrayado por otra peculiaridad lingüística: son llamados también vlaqs, palabra en la que vemos la raíz de válaco y Valaquía, una de las grandes divisiones regionales de Rumanía.

Hay que soponer que estos pueblos eslavos han ido incrementando sus efectivos a lo largo de los siglos mediante la asimilación de

los descendientes de los ilirios, romanizados o arumani, de los que quedan pocos que hayan preservado su vieja identidad, o no romanizados o protoalbaneses. De ser cierta esta plausible teoría, la población serbia actual podría estar genéticamente muy emparentada con los albaneses, de los que se siente, culturalmente, a años luz.

Aunque serbios y croatas son mencionados en las fuentes bizantinas como dos tribus diferentes, hablan dialectos que forman un continuo lingüístico claramente homogéneo y es la historia y la cultura lo que los ha diferenciado. Los serbios se convierten al cristianismo en su versión oriental, ortodoxa, lo que los hace gravitar en el esfera bizantina, y escribirán su idioma en caracteres cirílicos, procedentes del griego, casi idénticos a los rusos, mientras que los croatas, lo mismo que sus vecinos del norte, los eslovenos, se convierten a la versión latina del cristianismo, y escribirán con caracteres también latinos. Luego, los territorios serbios fueron conquistados por los turcos y pasaron a formar parte del imperio otomano. A una parte de las tierras croatas les sucedió lo mismo, pero fueron liberadas antes y el núcleo central croata en torno a Zagreb se unió a la corona de San Esteban (la Gran Hungría medieval) preservando su individualidad política, y a través de ella al imperio de los Habsburgo de Viena. Los croatas, y aún más los eslovenos, están muy germanizados, se consideran centroeuropeos y rechazan toda relación con los Balcanes. Tienden a ver a sus hermanos serbios como muy orientales y hablan respecto a ellos de bizantinismo en sentido despectivo. Los serbios ven en los croatas unos papistas sometidos al Vaticano, mientras ellos tienen una iglesia autocéfala, y que han vendido su alma eslava al germanismo.

A pesar de esas reticencias, serbios y croatas no habían luchado nunca entre sí, y solamente la Primera Guerra Mundial los situó en campos antagónicos, al ser Croacia un parte del imperio austrohúngaro. Por eso, en los crueles enfrentamientos que han tenido lugar en el siglo XX no hay que ver el resultado de encarnizados odios históricos, aunque sí se deja sentir claramente el peso de la historia por cuanto ha creado en dos pueblos que originariamente estaban estrechamente empa-

rentados dos identidades nacionales perfectamente diferenciadas. Serbios y croatas no han empezado a matarse hasta que se les ha puesto juntos.

Eso ha sucedido con la creación del Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos tras la primera guerra mundial, que diez años después pasaría a llamarse Reino de Yugoslavia. A la vista de la tragedia actual, muchos han invocado el carácter artificial del país, al tiempo que, con frecuencia, le negaban el derecho a separarse a las repúblicas secesionistas. Sin embargo, en 1919 se pretendía satisfacer lo que se suponía que eran profundos anhelos populares a la unificación de los eslavos del sur. Al reino de Serbia se le llamaba el Piamonte yugoslavo, suponiendo que aspiraba a jugar el mismo papel unificador que aquél en el caso italiano. Sin embargo, el nacionalismo yugoeslavista, que durante un breve tiempo se llamó a sí mismo ilirianismo, nació entre los intelectuales croatas y fueron ellos los difusores de la unificación idiomática, adoptando como la base del idioma oficial, común a los dos pueblos, justamente llamado serbio-croata (si bien los croatas prefieren croata-serbio), un dialecto de la Herzegovina oriental, de hecho más afín a los dialectos serbios que al habla natural de estos nacionalistas de Zagreb, lo que significaba no poco sacrificio en aras de la unidad.

Los serbios fueron, en general, panyosgolavistas más tibios. Veían oportunidades en la idea yugoslava. Pero siendo los más numerosos de entre los pueblos hermanos y los únicos que en el siglo XIX se habían labrado un estado independiente en lucha contra los turcos, se consideraban como los auténticos yugoslavos: una eslavía que los agrupase a todos debería ser una Serbia expandida, un instrumento de serbianización de los demás. Pero al tiempo subsistía el recelo de que Serbia no consiguiese ejercer una tal influencia cultural y que la unión pudiese llegar a suponer una amenaza para su especificidad. Por su lado los croatas consideraban un estado que agrupase a los hermanos eslavos meridionales como la mejor fórmula política para preservar su identidad. Su experiencia histórica secular era la de la defensa de sus derechos estatales dentro de un conjunto político-territorial más amplio: la corona de

San Esteban, el imperio austrohúngaro. Esperaban que esos derechos quedarían mejor asegurados en una unión fraternal e igualitaria. Las dos concepciones de Yugoslavia, la serbia y la croata, chocaron inmediatamente y el país evolucionó con rapidez hacia una dictadura serbia.

La frustración croata, en el ambiente político europeo de los años treinta, fue el caldo de cultivo del desarrollo de una forma de fascismo croata, el movimiento ustasha de Ante Pávelich, extremadamente nacionalista y extremadamente violento. Recibió el apoyo de Mussolini, y ya comenzada la guerra, el de Alemania. Tiene en su haber el espeluznante récord de haberse adelantado en un par de meses a lo que los nazis llamaron la solución final, para la que los judíos han popularizado el nombre de holocausto. En el caso de los ustashi se trataba del "problema" de los serbios de Croacia y Bosnia (Bosnia formaba parte de una gran Croacia bajo protectorado alemán), para el que Pávelich propuso, y se dedicó a aplicar, la solución de los tres tercios: a un tercio se les obliga a convertirse al catolicismo, a otro se los expulsaba y al tercero se los mataba. El exterminio estuvo también dirigido contra otras minorías mucho más pequeñas, como los gitanos y los judíos, pero no contra los musulmanes de Bosnia, a quienes los nacionalistas croatas, no sólo los ustashi, tienden a considerar como croatas islamizados. Algunos de éstos se vengaron de sus rivalidades con los serbios colaborando en las matanzas con los fascistas croatas. Los cálculos realizados con más rigor científico sitúan el número de asesinatos en torno a los 350.000.

La réplica serbia no se dejó esperar. Una organización de nacionalistas serbios monárquicos, los chetniks, de ideología más moderada que los ustashi, recurrió pronto a los mismos métodos en contra de los croatas. Y contra unos y otros, los partisanos del comunista Tito usaron también de la matanza indiscriminada como instrumento de combate. Tito, un croata hijo de madre eslovena, vio nutrir las filas de su organización guerrillera de serbios de Croacia y Bosnia, que sin ser en muchos casos comunistas habían visto en los partisanos la mejor defensa contra la violencia ustasha.

Al final Tito resultó ganador, porque consiguió el apoyo de los aliados, ante todo de los ingleses, porque estimaron que sus hombres luchaban más eficazmente contra los alemanes que sus rivales conservadores serbios, los chetniks, cosa no del todo demostrada. Como vencedor, la propaganda del nuevo régimen comunista exageró los ya de por sí execrables crímenes de los ustashi y puso al movimiento chetnik en el mismo plano. Tito creó la segunda Yugoslavia, con los mecanismos federales ya descritos, y una demarcación territorial de las repúblicas bastante fiel a las realidades históricas y étnicas. La consigna del régimen, repetida hasta la náusea, fue "unidad y fraternidad". Toda manifestación de nacionalismo era absolutamente tabú.

Llegó a parecer que Tito había conseguido su propósito, recreando una Yugoslavia que podía alojar pacíficamente a todos los eslavos del sur. La sangrienta descomposición del país diez años después de su muerte ha llevado a que hoy día prevalezca la opinión diametralmente opuesta: La represión comunista contuvo por la fuerza las enconadas incompatibilidades de las distintas nacionalidades, que no han hecho más que despedazarse mutuamente en cuanto han tenido oportunidad de hacerlo. La verdad ha de estar en algún punto intermedio, nada fácil de situar. Una parte de la reconciliación nacional bajo el titismo fue genuina. Entre los jóvenes de las áreas mixtas llegó a ser de mal tono enfatizar la pertenencia étnica. En las ciudades las amistades interétnicas entre muchachos que estudiaban juntos no ofrecían problema. En Sarajevo, cuando estalló el conflicto, la tercera parte de los matrimonios eran mixtos.

Junto a esa realidad o, en muchos casos, por debajo de la misma, está la otra, mucho más torva, de la persistencia de viejos rencores, de la memoria de las heridas familiares. Las reticencias históricas entre los pueblos pueden tener viejas raíces, pero las memorias familiares de agravios suelen remontarse a sólo una generación. No era inexorable que tuviesen que surgir a la superficie con la violencia que lo ha hecho, por eso la responsabilidades de los líderes que han agitado los viejos fantasmas resulta especialmente grave. De entre todos ellos destaca por

su especialísima contribución a la catástrofe el serbio Milósevich.

Mientras que los demás pueblos yugoslavos vivieron el titismo con la idea de que de nuevo los serbios se habían apoderado del estado de todos, porque la mayor parte de los funcionarios, los diplomáticos, los militares eran de esa nacionalidad, cuya capital, Belgrado, era también la de la federación, los serbios salieron del titismo con un profundo sentimiento de agravio, convencidos de que el croata Tito no había hecho más que perjudicarlos. Ese sentimiento se polarizaba en torno a la cuestión de la autonomía concedida por Tito a las regiones septentrional y meridional de Serbia, la Voivódina y el Kósovo, y en especial en torno a la cuestión albanesa asociada con la segunda de las autonomías.

Las repúblicas del norte, Eslovenia y Croacia, son también las más eficientes desde el punto de vista económico y están convencidas de que la federación es para ellas un carga que por la vía de los mecanismos de solidaridad les obliga a estar continuamente subvencionando a las atrasadas y pobres repúblicas del sur. Durante los años ochenta, eslovenos y croatas pugnan por un mayor control de los asuntos económicos, por una mayor descentralización, en el fondo una fórmula confederal, que dejaría muy pocos poderes en los organismos centrales.

Esos años son los del ascenso en Serbia de Slodoban Milósevich, un oscuro aparatchik nacionalista, ambicioso, enigmático, formidable en la intriga y consumado oportunista. En el 87 llega a la presidencia de la Liga Comunista de Serbia y se encuentra con que el gran desafío al comunismo lo representa el nacionalismo serbio en plena ebullición. El año anterior, el 86, la Academia de Ciencias de Serbia había elaborado un memorándum en el que expone todas las frustraciones nacionales y elabora un proyecto de Gran Serbia. Milósevich se propone contentar a sus comunistas eludiendo la tan necesaria transformación del sistema económico y, en el más puro titismo, diciéndoles que el nacionalismo serbio constituye una amenaza de muerte para Yugoslavia.

Pero al mismo tiempo se lanza a sobrepujar a los nacionalistas explotando el resentimiento antialbanés de sus conciudadanos, entre

los que circulan toda clase de leyendas sobre las persecuciones contra la minoría serbia de Kósovo. Esa campaña culmina en el 89 en un mitin monstruo para conmemorar el sexto centenario de la muy mitificada batalla de Kósovo, en la que los serbios fueron derrotados por los turcos y perdieron su independencia, humillación contra la que se han revuelto durante siglos hasta el punto de convertirla en su fiesta nacional. El gélido, introvertido y anticarismático Milósevich conseguirá ser exaltado como un liberador nacional, arrebatándole esa bandera de manera rotunda a los nacionalistas como Vuk Dráskovich. Milósevich da satisfacción a sus entusiastas seguidores iniciando el proceso que conduce a la supresión de la autonomía de Kósovo y la Voivódina y se lanza a por el control de Yugoslavia, intentando centralizar el país bajo dirección serbia.

Extiende la campaña de mítines a las otras repúblicas y consigue someter a su control a la dirección política de Montenegro. Los montenegrinos, como ortodoxos que escriben con caracteres cirílicos, tienen muy claro que son serbios, pero se dividen sobre las implicaciones políticas de ese hecho. Para unos el pueblo serbio, único, está formado por dos naciones diferentes, y los serbios montenegrinos, que mantuvieron su independencia a lo largo de todo el período otomano y han tenido siempre un estado propio, tienen derecho a seguir teniéndolo. Los otros piensan que siendo un solo pueblo deben ser también una sola nación y un solo estado. Esta división parte casi por la mitad a los eslavos de Montenegro y es también una división norte-sur. Los independentistas se localizan preferentemente en el sur y los partidarios de la fusión con Serbia en el norte. Milósevich, con su campaña de presiones, utilizando todos los recursos del poder comunista no reformado y del populismo nacionalista más desenfrenado, consigue situar a sus hombres al frente de la pequeña república. Como, mediante la abolición de la autonomía, manipula también el nombramiento de los representantes de la Voivódina y el Kósovo en la presidencia colegial, se encuentra con que controla incondicionalmente cuatro de los ocho votos, puesto que, contra toda lógica, las dos regiones que han visto abroga-

da su autonomía siguen conservando su representación en la cabeza del estado.

En vísperas de las primeras elecciones más o menos democráticas en las repúblicas, en el 90, Milósevich extiende a las capitales del norte su campaña de grandes mítines centralistas, hostiles a la distribución federal de poderes, por el procedimiento de trasladar masivamente en autobuses desde Serbia a un público de exaltados nacionalistas. Las repúblicas del norte, que aspiran a una descentralización, especialmente económica, todavía mayor, ven lo que le ha sucedido a las dos autonomías serbias y la dura represión que están sufriendo los albaneses. Asustadas inician el camino contrario, el de la ruptura del país.

La constitución en vigor, del 74, concede a las repúblicas, y quizá, de manera menos clara, también a las regiones autónomas, el derecho de autodeterminación y por tanto de secesión. El mecanismo legal para ponerlo en práctica es complicado y con Milósevich controlando cuatro votos en la presidencia federal resulta también inviable. Pero los nacionalistas que llegaron al poder en Zagreb y Liubliana en las elecciones del 90 no están dispuestos a dejarse paralizar por formalismos legales y, tras un largo y dramático tira y afloja en la presidencia federal, proclaman su independencia el 25 de junio de 1991.

Desde el 90, con el triunfo de esos nacionalismos separatistas en el norte, Milósevich ve fracasar su primer gran proyecto de consolidar su poder ofreciéndole a los nacionalistas serbios el dominio de una Yugoslavia centralizada. Inmediatamente pone en marcha el segundo, para el cual los secesionistas le prestan involuntariamente su colaboración. Milósevich se lanza a por la Gran Serbia, la del proyecto de la Academia de Ciencias del 86, que responde al lema de que ningún serbio debe vivir fuera de Serbia, lo que no significa una política de repatriación, como hizo la República Federal Alemana a lo largo de toda la guerra fría, sino estirar las fronteras de Serbia hasta donde haya comunidades de serbios. Milósevich dirá muy pronto que acepta el derecho de secesión, pero no sobre la base de las fronteras republicanas existentes, que considera puramente internas y administrativas, no nacionales. Quien quiera irse habrá de cambiar sus fronteras para que sus

minorías serbias puedan quedar dentro de una Serbia engrandecida.

No es esa la posición del ejército yugoslavo, que tiene su propia organización comunista al margen de las repúblicas y es la única institución del país propiamente yugoslava. Cuando la Eslovenia autoproclamada independiente invita al ejército a retirarse, pero dejando todo su material para el futuro ejército del nuevo país, estalla una guerra de asedio a cuarteles, que se resuelve en once días, porque Milósevich, en su nuevo proyecto de Gran Serbia, no está interesado por Eslovenia, étnicamente muy homogénea, con muy pocos serbios y sin fronteras con Serbia. Milósevich necesita algún tiempo para hacerle tragar al ejército la píldora de la destrucción de Yugoslavia, y sobre todo para proceder a una rápida transformación de los mandos militares, para convertirlo en el ejército de esa Gran Serbia. Sin embargo, por razones internacionales y de formalismo jurídico le interesará seguir manteniendo el nombre de Yugoslavia. Aunque su proyecto es en el fondo tan secesionista como los de los eslovenos y croatas, mantendrá la ficción de que los que se van son los otros y el suyo es el heredero del anterior estado. Al final del proceso Yugoslavia la formarán solamente Serbia y Montenegro.

La actitud de Milósevich respecto a la independencia de Croacia es muy diferente de la que sostuvo ante Eslovenia. A pesar de las masacres de la Segunda Guerra Mundial, el 11 por 100 de la población de Croacia son serbios, algo menos de la mitad de los cuales están concentrados a lo largo de la frontera con Bosnia, en una región que se llama Krajina (= frontera o confín, en idiomas eslavos). En torno a la ciudad de Knin llegan a ser el 90 por 100 de la población, aunque en otros muchos ayuntamientos no llegan al 50 por 100. En los meses que preceden a la proclamación de la independencia se empiezan a producir en Croacia fenómenos de purificación étnica. Los croatas se resienten de que gran parte del aparato estatal en su república (funcionarios, policía, incluso los dirigentes de la liga comunista) son serbios, que ocupan esos puestos en proporción del doble al triple de la de sus efectivos demográficos en el conjunto de la población. Los nuevos nacionalis-

tas en el poder proceden a cambiar rápidamente esa situación, poniendo en la calle a muchos serbios de Croacia, al tiempo que amenazadoramente rehabilitan los símbolos ústasha como símbolos nacionales.

Nada más favorable para la nueva campaña de Milósevich, que azuza esos temores históricos tratando de separar la Krajina de Croacia. En donde los serbios locales, con la ayuda del ejército yugoslavo, en rápida transformación en el instrumento armado de la Gran Serbia, consiguen hacerse con el poder, proceden inmediatamente a la expulsión de los habitantes étnicamente croatas. El proceso no hace más que intensificarse tras la proclamación de independencia. Antes de dar el paso definitivo, los croatas habían estado importando armas clandestinamente y tratando de formar un ejército a base de las milicias locales procedentes de la época de Tito. La decisión eslovena de proclamar la independencia se produjo cuando aún no estaban preparados, pero Tudjman pensó que no podían quedar descolgados. Por eso la proclamación de independencia en ambas fue simultánea, pero la insolidaridad eslovena fue costosa para Croacia, donde sí se produjo algo ya mucho más parecido a una guerra, con asedio de cuarteles por parte del incipiente ejército croata, y sistemática destrucción por parte del ejército yugoslavo no sólo de activos económicos, sino también del patrimonio histórico-artístico que constituye un elemento de las señas de identidad del pueblo croata.

Desde el estallido de las primeras violencias el tema preocupó intensamente en la Unión Europea. Como sucede frecuentemente con tantos fenómenos históricos, la desintegración de Yugoslavia sólo puede explicarse en un contexto más amplio, formado por acontecimientos de gran envergadura: la caída del comunismo, la descomposición de la Unión Soviética, el consiguiente final de la guerra fría, la unificación de Alemania, un nuevo paso en la integración europea con el tratado de Maastricht y la guerra del Golfo. La tragedia yugoslava es una cuenta más en ese histórico rosario. Como vimos al principio, el statu quo en la Yugoslavia de Tito tenía un gran valor estratégico en los equilibrios de la guerra fría. Pero, para su desgracia, había

dejado de tenerlo. Yugoslavia ya no era importante. Y nadie pensaba que las grandes potencias pudiesen ir a la guerra por una cuestión balcánica, como en los tiempos en que la Cuestión Oriental era el eterno irritante de la política europea.

Sin embargo, sobre todo a los americanos, preocupaba el mal ejemplo del independentismo en un momento en el que la prioridad absoluta era el futuro de la Unión Soviética. Se temía las explosiones a las que su desintegración pudiera dar lugar y la política occidental había apostado por Gorbachov, a su vez decidido partidario del mantenimiento de la unión. En ese contexto, antes de las declaraciones de independencia, el secretario de estado americano Baker visitó Belgrado y dio su respaldo a la continuidad de la federación. Esto fue interpretado por Milósevich como una luz verde para la utilización de la fuerza contra los secesionistas, de ahí la importancia para él de presentarse como el continuador de la Yugoslavia que tan activamente había contribuido a destruir.

En Alemania las cosas seguían una dirección en cierto sentido opuesta. Eufóricos con su unificación, los alemanes se sentían solidarios de las aspiraciones nacionales que resurgieron en Europa con el final de la guerra fría y el gobierno se sentía impulsado por la casi absoluta unanimidad de los medios de comunicación y partidos políticos, verdes incluidos, en apoyo de las causas croata y eslovena. Además, a comienzos del año, el gabinete de Kohl se había sentido frustrado por su inhibición en la guerra del Golfo, a la que sólo contribuyó con dinero, no con medios militares, cuando todas las encuestas de opinión mostraban apoyo a una participación alemana más activa. Cuando se planteó la cuestión yugoslava Kohl y su ministro de exteriores, el jefe de los liberales Genscher, no quisieron cometer el mismo error, y arrojaron el gran peso de Alemania tras la causa de la independencia. Alentaron a los líderes eslovenos y croatas a dar el gran paso y luego colaboraron con los croatas para crear un ejército en plenas circunstancias bélicas.

El resto de los países de la Unión Europea contemplaba con sumo desagrado lo que estaba sucediendo en Yugoslavia. Pocos eran

los que no contaban en su propio territorio nacional algún nacionalismo centrifugo para el que la fragmentación del país de Tito constituía un pésimo ejemplo. Contaba para todos, naturalmente, la repugnancia instintiva de todos los estados contra cualquier ataque contra las soberanías constituidas. Más importante aún era lo que el caso yugoslavo tenía de atentado contra el nuevo clima y los principios mismos en los que pretendía basarse la nueva Europa, que en la Carta de París en noviembre del 90 había reafirmado los principios del Acta de Helsinki del 75, rechazando cualquier cambio en las fronteras que se realizase por medios violentos. A escala todavía más amplia las nuevas guerras balcánicas atentaban contra las ilusiones de un nuevo orden mundial basado en el respeto del derecho internacional y en la resolución pacífica de los conflictos. En el momento en el que terminaba la guerra fría, la guerra del Golfo había recordado que el recurso a la fuerza para satisfacer ambiciones territoriales no había desaparecido, pero el desenlace del conflicto parecía confirmar las esperanzas puestas en el nuevo orden. Pocos meses después la maldición de la guerra reaparecía en el medio de una Europa que creía haber superado definitivamente las lacras del pasado, y Europa se veía ensombrecida por los torvos nubarrones de las depuraciones étnicas.

Este trasfondo da cuenta de la preocupación creada en Europa por los sucesos yugoslavos. Para completar el cuadro hay que añadir que a la confianza en sí misma de la nueva Alemania habría que sumar las expectativas suscitadas por la reciente aprobación del tratado de Maastricht: Europa empezaba a dotarse de contenidos políticos. Esa Europa debería ser capaz de actuar por sí misma en temas de seguridad en su propio entorno geográfico. La administración Bush estaba más que dispuesta a dejar la cuestión yugoslava en manos de sus aliados. Habiendo dado el do de pecho en el Golfo, se sentía poco atraída por un asunto en el que no se podría justificar ante su opinión pública la existencia de intereses nacionales. Había también una travesía curiosidad por ver cómo los europeos se las arreglaban solos.

Durante los seis meses largos que dura el

conflicto armado en Croacia, desde comienzos de julio del 91 hasta que por fin la decimocuarta tregua firmada por las partes por instigación europea se mantuvo, a mediados de enero del 92, la Unión Europea intentó influir en los acontecimientos sin blandir nunca el bastón militar. Su único instrumento es la zanahoria económica, que ejercía cierto peso en croatas y eslovenos, deseosos de ser admitidos en los clubs europeos, pero mucho más deseosos de consolidar sus independencias sin la más mínima cesión territorial. Durante meses Europa sólo consiguió que las partes admitiesen el envío de observadores y firmasen una inútil tregua tras otra.

Los episodios más notables de la guerra fueron los bombardeos por parte serbia de Dubrovnik, joya medieval declarada por la UNESCO patrimonio de la Humanidad, y sobre todo de Vukovar, cada una en una punta opuesta de Croacia. La segunda fue arrasada tras un cerco de dos meses y su toma acompañada de toda clase de horrores. El comandante de la plaza acusó a Tudjman de haberla sacrificado por los efectos propagandísticos antiserbios que el cerco tuvo en toda la prensa mundial. Poco después de su caída se firmó esa decimocuarta tregua que congeló por tres años la línea del frente. Tudjman volvió a ser acusado por los nacionalistas más extremos, pero en este caso sus motivaciones fueron más complejas y no del todo conocidas. Tudjman había conseguido un objetivo importante, pues la independencia de Croacia —y por supuesto de Eslovenia— acababa de ser reconocida por la Unión Europea, y el ejército de Croacia, en vías de formación, aunque hacía rápidos progresos, no era rival del ejército yugoslavo que se había atrincherado en el territorio que deseaba amputar a Croacia para integrarlo en la Gran Serbia. Las fuerzas armadas croatas necesitaban tiempo para desarrollarse y la tregua no significaba en absoluto una renuncia a esos territorios reconocidos internacionalmente como de soberanía croata y si la interposición de una fuerza de pacificadores de las Naciones Unidas que preservaban a Croacia de una ataque serbio. Ese territorio suponía un 27 por 100 de la superficie de la nueva república y depurado por completo de los croatas estaba ocupado por sólo un 4 por

100 de la población del país, todos ellos serbios, pero dejando a una mayoría de los serbios de Croacia fuera. La República serbia de Krajina se organizó inmediatamente como estado independiente, en espera de su integración en la madre patria. Estaba constituido por tres núcleos: La Krajina propiamente dicha, en torno a Knin, la Eslavonia Occidental y la Eslavonia Oriental, fronteriza esta última con Serbia.

Las dos repúblicas de las que todavía no hemos hablado, Bosnia y Macedonia, contemplaron horrorizadas el drama de la desintegración del país al que hasta entonces habían pertenecido. Conscientes de los peligros de la ruptura, patentes en el caso croata, y conscientes también de su menor viabilidad económica, hubieran preferido el mantenimiento de alguna forma de unidad, aun incrementando la descentralización, pero no estaban dispuestas a quedarse solas con una Serbia prepotente, sin el contrapeso de las repúblicas septentrionales, así que optaron también por hacer uso del derecho de autodeterminación y abandonar el barco que se hundía. Cada una de ellas, sin embargo, era un caso muy distinto y planteaba para Milósevich una oportunidad y un problema muy diferente.

El idioma o más bien los dialectos macedonios forman parte del conjunto bulgaromacedonio. De hecho los búlgaros normalizaron su idioma buscando el acercamiento a los macedonios, y a finales del siglo XIX esperaban que el proceso de independencia respecto al imperio turco llevaría a una Bulgaria que englobase toda la Macedonia otomana. Pero en las guerras macedónicas que precedieron inmediatamente a la Primera Guerra Mundial, los búlgaros terminaron siendo perdedores y Macedonia quedó repartida entre Grecia y Serbia, correspondiéndole a ellos solamente una pequeña franja (la Macedonia del Pireo). Los propios eslavos macedonios estaban divididos entre los que se sentían ante todo búlgaros y los que se consideraban una nación diferente. Los serbios han seguido hasta hoy el criterio de considerar a los macedonios serbios del sur, y en esa primera Yugoslavia que fue el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos no eran tenidos en cuenta. Tito, en su afán de poner coto al predominio serbio y

su deseo de reconocer en la mayor medida posible las realidades nacionales de su Yugoslavia, elevó a Macedonia a la categoría de República, y siguiendo la lógica del federalismo yugoslavo los macedonios no hicieron más que afirmar su personalidad diferenciada de los serbios.

Cuando Milósevich se tuvo que enfrentar al independentismo macedonio, como hemos visto reflejo de la situación creada por la separación de las repúblicas del norte, se topó con varios problemas: En primer lugar, aunque los territorios de Serbia y Macedonia son contiguos, la minoría serbia en Macedonia es pequeña y no ocupa un territorio compacto. Mucho más importante es la delicadísima situación internacional de país. Sus cuatro vecinos, la propia Serbia, Bulgaria, Grecia y Albania se consideran con razón suficiente para sostener reivindicaciones sobre su territorio si se presentase la ocasión propicia. Esto podría reconstruir la situación de las guerras balcánicas de comienzos de siglo, pues además la implicación de Grecia podría arrastrar a Turquía. Esa es la hipótesis pesadilla de la comunidad internacional desde el comienzo de los conflictos yugoslavos. Un tema demasiado difícil para Milósevich, para el cual Bosnia presentaba mayor urgencia y mejores oportunidades. Milósevich insistió en que los macedonios son los serbios del sur, aunque no puso en cuestión su derecho a separarse. Sin embargo, tampoco reconoció inicialmente al nuevo país y no se avino a fijar las fronteras, guardándose así algunos triunfos para el futuro. Al fin y al cabo, con el tiempo se ha podido ver que Milósevich hace las guerras de una en una.

Paralizada la guerra en Croacia le tocaba el turno a Bosnia. Esta es una Yugoslavia a escala más pequeña. Así como en la primera no hay yugoslavos, en la segunda no hay bosnios. O al menos no había, porque la guerra ha dado contenidos nuevos al concepto de bosnio y bosniaco. Bosnia estaba habitada antes de la guerra por un 30 por 100 de serbios, un 17 por 100 de croatas y un 44 por 100 de musulmanes, y el resto otras minorías, incluidos los que se inscriben en el censo como yugoslavos. Los partidos que se formaron para competir en las elecciones del 90 fueron casi exclusivamente étnicos y sus

resultados representaron muy aproximadamente los efectivos demográficos de cada comunidad. Los musulmanes están mezclados con los otros dos grupos. Serbios y croatas entre sí mucho menos, lo que facilita el entendimiento entre ellos. De hecho, Tudjman y Milósevich trataron de pactar el reparto de Bosnia, intento frustrado por el nuevo nacionalismo desarrollado entre los musulmanes, que rechazan ser identificados por sus creencias religiosas, por lo que han reivindicado el nombre de bosniacos, puesto que el de bosnio correspondería a todos los habitantes de la república, y han pretendido entroncar con una Bosnia medieval que durante un cierto tiempo fue un reino independiente.

Esa transformación de la vieja identidad religiosa en una nueva conciencia nacional se fue operando en los últimos tiempos del titismo, pero sufrió una gran aceleración en los años de la guerra. El islamismo bosnio no tiene nada de fundamentalista y muchos musulmanes que nunca habían atribuido relevancia política a su condición de tales, comenzaron a reafirmarse en esa identidad a causa de las persecuciones que les reportaba. En el 90 preferían todavía el mantenimiento de Yugoslavia como la mejor protección para su identidad, pero a la vista de las tendencias gran-serbistas y la salida de Eslovenia y Croacia, el campo musulmán optó por la independencia, en contra de los deseos de los bosnio-serbios y los bosnio-croatas que deseaban la división del país para incorporarlo a las respectivas madre patrias. Ciertamente Izetbegovich, el líder de los bosnio-musulmanes, no hizo ningún esfuerzo por pactar con esas otras dos comunidades que como dijo Káradzich —líder de los serbios— de sí mismo, tenían tantas ganas de ser bosnios como de convertirse en chinos. Pero por otro lado hay que reconocer que la única alternativa que se le ofrecía era ver su comunidad desmembrada entre dos naciones en curso de frenética y excluyente afirmación. Sea cual fuere su falta de tacto, no hubiera podido contrarrestar la conspiración urdida desde Belgrado para quedarse con la mayor tajada posible de Bosnia por los métodos más brutales del terror y la purificación étnica.

El gobierno bosnio controlado por la mayoría relativa musulmana o bosniaca realizó, lo

mismo que los croatas, algunos preparativos con vistas a una posible guerra, pero en el momento que ésta estalló, el conato de fuerzas armadas que estaba creando no pasaba de una milicia poco organizada y mal entrenada. El bando serbio iba muy por delante en sus trabajos de organización militar. Como en Croacia, pero con mucha menor base, el gobierno de Milósevich y los líderes locales serbios lanzaron una intensa campaña de amedrentamiento, haciendo creer a su gente que estaban a punto de ser víctimas a manos de los musulmanes de las mismas atrocidades que se disponían a cometer contra ellos. El hecho políticamente más relevante, y que muestra el estado mental de los serbios en toda Yugoslavia, es la absoluta credulidad con la que recibieron esa burda y asesina propaganda. Ese estado mental constituye uno de los factores esenciales de la crisis yugoslava y del éxito de Milósevich entre los suyos. Empezó usándolo contra los albaneses, y explica en todas las fases del conflicto la complaciente paranoia serbia y su total rechazo de responsabilidad por todas las desgracias acaecidas a su país y sus vecinos.

La chispa que desencadenó la guerra fue el referéndum sobre la independencia que el gobierno de Izetbegovich convocó para el 1 de marzo del 92. Era una condición exigida por la Unión Europea para el reconocimiento de la independencia, lo cual, a su vez, venía forzado por la posición alemana, que había precipitado el reconocimiento de Croacia pasando por alto la exigencia de que se reconociesen una serie de derechos a las minorías. Ahora el gobierno bosnio violaba el principio de igualdad de las tres comunidades que componían Bosnia. Los primeros combates se produjeron entre serbios y croatas a partir del 22 de marzo del 92, en áreas periféricas de la república, junto al Sava en el norte y el Neretva en la Herzegovina. Los croatas recibieron el apoyo de las unidades musulmanas en curso de formación, creadas en parte a base de presos comunes sacados de la cárcel y de bandas de delincuentes de Sarajevo.

Tras esos primeros combates se desarrolló una bien planificada ofensiva de los serbios en las ciudades de Bosnia oriental, para hacerse con la franja que limita con Serbia a lo largo del Drina, limpiando las ciudades de

elementos musulmanes, en muchos casos mayoritarios, mediante el terror que tuvo como protagonistas las milicias procedentes de Serbia, dirigidas por dos conocidos personajes, el mafioso Arkan y el político ultranacionalista Seselj. Desde el mismo inicio, el objeto de las violencias fue siempre la purificación étnica de territorios, aquellos en los que una etnia, principalmente los serbios, eran mayoritarios, pero sobre todo aquellos en los que no lo eran pero resultaban de vital valor estratégico para su proyecto de recorte territorial.

Los serbios fueron hasta los últimos momentos de la guerra mucho más fuertes, pues no sólo se habían preparado mucho mejor, sino que además se quedaron con todo el ejército yugoslavo en Bosnia. Milósevich recurrió a la ficción de que se desentendía de Bosnia y de todas las fuerzas que no se replegasen a Serbia. En realidad siguió pagando los sueldos de los oficiales, que siguieron integrados en la disciplina del ejército yugoslavo, cuando éste ya no era más que serbio y montenegrino. Los serbios de Bosnia, sobre un 30 por 100 de la población, aspiraban al 65 por 100 del territorio, aduciendo que como campesinos que eran en su mayoría poseían del 62 al 64 por 100 de la tierra en manos privadas. Alegaban también que su proporción numérica sería bastante mayor de no haber sido por las matanzas de la Segunda Guerra Mundial. Los croatas, sobre un 17 por 100 de la población, hubieran deseado quedarse con un 25 ó 30 por 100 del territorio, lo que dejaba a los musulmanes, preferentemente urbanos, confinados a unas cuantas ciudades, con la particularidad de que las más importantes, como Sarajevo y Mostar en las que eran mayoritarios, se las disputaban sus rivales. En las primeras semanas del sangriento conflicto, los serbios se apoderaron de 70 por 100 de Bosnia, formando una media luna que comprendía todo el norte, el este y al sur la Herzegovina oriental, con algunas penetraciones en el centro. Káradzich estuvo siempre dispuesto a ceder una pequeña parte en las múltiples negociaciones que a lo largo de los tres años de guerra se desarrollarían, más con la comunidad internacional que con sus enemigos.

Para el mundo en general, informado a tra-

vés de los medios de comunicación, la guerra estuvo casi siempre centrada en el asedio de Sarajevo, salvo en momentos concretos en que algunos otros puntos, como Bihach, Srbrénitsa o Goradze, atrajeron la atención de la prensa. La guerra, en realidad, fue una complejísima colección de conflictos en los que se dieron todas las alianzas imaginables entre las partes, sucesiva e incluso a veces simultáneamente, porque otro de los factores de complicación fue el de la fragmentación territorial, con el fenómeno de la aparición de los señores de la guerra locales, que hacían su propia política con un alto grado de autonomía, sobre todo en el lado musulmán y en parte en el croata. Estos personajes y sus organizaciones se transformaron fácilmente tras la guerra en jefes mafiosos y sus correspondientes bandas, si no lo eran ya antes.

Los cascos azules fueron enviados por las Naciones Unidas —UNPROFOR: United Nations Protection Force— para proteger los convoyes de ayuda humanitaria y las zonas declaradas por el Consejo de Seguridad "safe havens", refugios seguros, que se contaron durante toda la guerra entre los lugares más inseguros del universo, puesto que UNPROFOR nunca dispuso de las fuerzas ni del mandato adecuado para ejecutar su misión, que adoleció siempre del defecto de ser definida como misión de paz, cuando defender convoyes y ciudades contra atacantes armados es una pura misión de guerra. Esto obligó a los jefes de las fuerzas internacionales a desarrollar habilidades diplomáticas para las que no tenían por qué estar especialmente preparados, y a caminar por la cuerda floja de una problemática neutralidad entre los bandos, lo que con frecuencia suscitaba la acusación por parte de la prensa de que trataban por igual a víctimas y verdugos. A parte de la inadecuación para cumplir su cometido, su gran problema era no convertirse en uno más de los bandos en liza y entrar en el complejo y cambiante sistema de alianzas.

Como los americanos dejaron el asunto en manos europeas, la voz cantante la llevaban ingleses y franceses, que formaban los mayores contingentes de UNPROFOR. Con el tiempo pareció que proteger sus propias tropas constituía su principal objetivo en el conflicto. Mientras América evolucionaba hacia

una política de "lift and strike", levantar para el gobierno bosnio el embargo de armas que desde el principio el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas había impuesto a todos los contendientes, y lanzar ataques aéreos contra los serbios, franceses e ingleses argumentaban que proporcionar armas a uno de los bandos era añadir guerra a la guerra. Aunque esta postura perjudicaba al lado musulmán, no impidió que con la colaboración de Croacia fuesen recibiendo armas ligeras y a lo largo de los tres años que duró la guerra las milicias iniciales, en algunos casos como se ha visto, de dudoso origen, fuesen transformándose en una infantería ligera de cierto valor. Estuvieron siempre escasos de oficialidad competente, pues su formación lleva mucho más tiempo que la de la tropa, y carecieron casi por completo de armas pesadas. A pesar de las quejas del gobierno de Izetbégovich contra el papel de las Naciones Unidas, lo cierto es que su intervención salvó a los musulmanes de una derrota total que podría haberse consumado para finales del año 92 o incluso antes. En cierto sentido su papel consistió en prolongar la guerra, pero esa prolongación permitió al bando gubernamental organizar la resistencia y conseguir en Dayton una parte de sus objetivos.

El gobierno de mayoría musulmana adoptó la postura de representar la integridad de una Bosnia multiétnica. Aunque para algunos esto constituía un ideal, en la práctica tuvo más elementos de retórica que de realidad y formó parte de una estrategia política que podríamos calificar de victimista. Contando con la disposición favorable de una prensa internacional que compartía los horrores del asedio de Sarajevo, el gobierno de Izetbégovich explotó con habilidad la repulsa internacional contra los continuos excesos serbios, tratando de amplificarlos al máximo e inventarlos cuando fuera posible, para exasperación de los serbios que no veían más que conjuras internacionales contra ellos. Los casos más destacados de posibles manipulaciones fueron las tres principales masacres que tuvieron lugar en Sarajevo durante el largo cerco: la de la cola del pan, al comienzo de la guerra, y las dos del mercado de Markala en el medio y al final de la guerra. Aunque los bombardeos y los francotiradores produjeron muchos cente-

nares de víctimas entre la población civil de la ciudad, esas tres matanzas con algunas decenas de muertos en cada caso tuvieron un gran eco y fueron hasta cierto punto momentos de inflexión en las actitudes de la comunidad internacional respecto a los serbios. En los tres casos éstos rechazaron su responsabilidad, y las investigaciones realizadas por expertos, en la medida en que se han hecho públicas, permiten dudar de que los obuses viniesen del lado serbio, pero no demuestran concluyentemente que hubiesen partido del lado gubernamental.

Las mismas incertidumbres rodean las cifras de los diversos tipos de víctimas de la guerra. Está fuera de duda que las víctimas civiles superan con mucho al de bajas de militares en combate. La cifra de 200.000 muertos que se repite insistentemente es sin duda exagerada, pero quizá no por mucho. En todo caso faltan estudios precisos. Lo mismo puede decirse de los datos respecto a refugiados y desplazados internos, que oscilan entre uno y dos tercios de la totalidad de la población de Bosnia. Decir que la mitad de los habitantes perdieron sus casas y tuvieron que abandonar sus lugares de residencia es un compromiso prudente. En todos los casos los musulmanes fueron siempre las principales víctimas y los serbios los principales perpetradores, quedando los croatas en una posición intermedia.

El objetivo de la comunidad internacional fue en todo momento contener el conflicto, evitando que se extendiese sobre todo hacia el sur, que no alcanzase Macedonia, probablemente, se suponía, vía Kosovo. Macedonia fue desde el origen de las guerras yugoslavas la hipótesis de pesadilla, porque podría implicar a todos sus vecinos. Los esfuerzos por imponer una negociación entre las partes y conseguir que acordasen una paz, no se interrumpieron nunca. Todos los planes de paz presentados implicaban algún tipo de reparto territorial manteniendo siempre alguna forma de integridad estatal para el conjunto de Bosnia. El gran obstáculo era que los serbios querían simplemente unirse a Serbia. El final de la guerra está rodeado de equívocos respecto al peso relativo de los factores que llevaron a los serbios a aceptar, finalmente, lo que se les propuso en Dayton en noviembre

del 95. Los factores militares influyeron, pero también la naturaleza del compromiso diplomático.

En lo que respecta a la situación militar, hacia el verano del 95 se habían acumulado una serie de cambios importantes. Por un lado las fuerzas serbias estaban llegando a un cierto agotamiento. Estaban escasas de hombres, teniendo que patrullar un largo y sinuoso frente de unos mil kilómetros, moviéndose por líneas exteriores. Mientras tanto los croatas habían conseguido crear ya un verdadero ejército y los gubernamentales bosnios habían avanzado bastante en la misma dirección. Los croatas en una sola ofensiva liquidaron la República serbia de Krajina y en conjunción con los musulmanes continuaron la ofensiva en el norte de Bosnia, aproximándose a la principal ciudad serbia, Banja Luka. Franceses e ingleses habían reaccionado contra la toma de sus soldados y oficiales como rehenes creando una unidad de artillería en las inmediaciones de Sarajevo, dispuesta a atacar las posiciones serbias. Y, sobre todo, el punto de vista americano se impuso en la OTAN y en septiembre hubo bombardeos aéreos contra importantes objetivos militares del dispositivo serbio. La imagen que quedó en la mente de muchos fue que los bombardeos decidieron la cuestión. Pero pesó también poderosamente los importantes cambios militares ocurridos en tierra y los aspectos diplomáticos, puesto que Dayton les concedió una amplia autonomía a los serbios dentro de una Bosnia formalmente unitaria pero con estructuras centrales débiles y complicadas, al tiempo que se les permitía mantener ciertas relaciones privilegiadas con la madre patria, lo que les permitía mantener la esperanza de una futura unión. Aquellas presiones y estas concesiones fueron suficientes para que los serbios se desprendiesen de una parte considerable de los territorios que dominaban, quedándose todavía con el 49 por 100 del territorio.

El acuerdo de Dayton fue sobre todo una licencia para intervenir. Los derechos que las partes reconocían a las tropas internacionales que, bajo mando OTAN, habrían de vigilar el cumplimiento de los acuerdos, estaban muy minuciosamente especificados, les concedían amplios poderes, y aseguraban que no se repetirían las deficiencias de UNPROFOR. Con todo, existía el temor de que unos pocos atentados contra las tropas pudieran engendrar una reacción en contra de las opiniones públicas occidentales y diesen al traste con la misión. Tal cosa no se produjo, lo que demuestra hasta qué punto el acuerdo resultaba conveniente para los serbios, dadas sus capacidades militares en el momento en que se firmó, lo que no quiere decir que lo aceptasen de buen grado. Desde entonces el balance de fuerzas les ha ido resultando cada vez más desfavorable, lo que igualmente explica la perpetuación del arreglo. Por más que los serbios sigan insatisfechos y continúen boicoteando muchos de los aspectos del acuerdo, como por lo demás, en grados diversos, las otras partes, el sistema de Dayton es para ellos más una protección que una amenaza. Dayton y las fuerzas internacionales han conseguido que un moribundo que llegó a la UVI agonizando haya podido recuperar sus constantes vitales. Lo que no se ve es la posibilidad de darle de alta y mandarlo a su casa.

Dayton trató de resolver las guerras en curso. Dio plena satisfacción a Croacia, que recuperó la soberanía sobre todos sus territorios, con la recuperación de Eslavonia Oriental, último reducto serbio dentro de las fronteras croatas, y "solucionó", con todos los reparos y toda la provisionalidad que hemos visto, el problema bosnio. Pero para no complicar el arreglo no se quiso abordar los otros problemas yugoslavos pendientes. En ese sentido, Dayton mostró la indivisibilidad de la paz en el espacio yugoslavo y contribuyó al estallido de Kósovo.